

# Editorial

Jaime Alvar Ezquerro / Director

Sabemos que al menos desde la Baja Época en Egipto la Humanidad ha empleado prótesis para paliar deficiencias orgánicas. Tanto hemos integrado su uso en la vida cotidiana que se ha llegado a acuñar el término de “Humanidad protésica” para enunciar la actual situación de mejoramientos intra y extra corporales que nos caracteriza.

Merece la pena un esfuerzo de reflexión a propósito de las prótesis léxicas, vocablos, neologismos, piruetas del vocabulario que contribuyen al mejoramiento de nuestra expresión, no tanto en el sentido de favorecer un uso exquisito y depurado del lenguaje, sino para darle forma a los retruécanos de nuestro pensamiento.

Desde que en Oxford Dictionaries eligieron *post-truth* como vocablo del año 2016, su empleo se ha multiplicado de forma extraordinaria, hasta convertirse en una banalidad. Entonces definieron el concepto ‘relating to or denoting circumstances in which objective facts are less influential in shaping public opinion than appeals to emotion and personal belief’; es decir, “relacionado con o indicativo de circunstancias en las que los hechos objetivos influyen menos en la formación de la opinión pública que los llamamientos a la emoción y a la creencia personal”.

A partir de la publicidad oxoniense legiones de periodistas, comentaristas y profesionales de la palabra se han lanzado a emitir juicios de opinión al respecto. El resultado es una amalgama de escritos y registros de voz en los que se ha ido enmarañando el sentido del término y el sentir del público. Simplificando mucho la racionalización, los más sesudos

analistas concluyen que el nuevo término está al servicio de quienes ocultan la verdad para obtener sus objetivos y quienes lo usan omiten el término adecuado, por ominoso: mentira. O, formulado de otra manera, ¿por qué llamar posverdad a la mentira?

La Fundéu, asesorada por la RAE, recomienda que usemos la grafía que aquí sigo y emite un infrecuente criterio valorativo sobre el término: «La sustancia fundamental de la posverdad, corrompida y corruptora, es justamente que la verdad ya no importa».

El problema, no obstante, es más complejo. No se trata simplemente de sustituir la palabra “mentira” por “posverdad”. En realidad, el hallazgo léxico es consecuencia de la reflexión de que una sociedad informada, supuestamente bien informada, renuncia a las consecuencias esperables del conocimiento de la verdad y se comporta como si esta careciera de valor en la toma de decisiones.

En consecuencia, como se señala en la explicación de la decisión de Oxford Dictionaries, la novedad que designa el término es que “extends that notion from an isolated quality of particular assertions to a general characteristic of our age”.

En ese sentido, el valor de la posverdad no es su afán por ocultar la verdad, sino el pulso que proporciona sobre el comportamiento colectivo y cómo intervienen en él las emociones. Precisamente el estudio de las emociones constituye un campo de análisis privilegiado por los académicos en este momento. Tal vez el avance en el conocimiento de ese ámbito ha sido aprovechado en la construcción de los nuevos escenarios de reflexión política y los vencedores no son tanto maestros de la mentira –instrumento a su servicio- como maestros de la

manipulación de las emociones. Tal vez la vieja política ha desatendido ese importante factor en la toma de decisiones de sus votantes. Pero no es ese el asunto que debe centrar el interés en este instante.

Parece obvio que la posverdad es un nuevo término, más breve aunque no obvio, para referirse a la manipulación de las emociones. Entre las “Diez Estrategias de Manipulación Mediática”, atribuidas a Chomsky, se establece en sexto lugar el uso de las emociones por encima de la reflexión como técnica clásica para cortocircuitar el análisis racional y anular la capacidad crítica, pues la utilización del registro emocional da acceso al inconsciente para implantar o injertar ideas, deseos, miedos y temores, compulsiones, o inducir comportamientos.

Para que un determinado discurso político se haya apropiado de esa manipulación de las emociones es preciso que haya sabido elaborar una narrativa funcional coincidente con el pulso emocional de su ciudadanía. En segundo lugar, es necesario que la ciudadanía se haya apropiado de esa narrativa, convirtiéndola en la explicación verdadera de lo que acontece.

En consecuencia, no es cierto que la verdad ya no importa. La mentira no es sinónimo de posverdad. La mentira es un instrumento circunstancial para crear un estado de opinión. La posverdad sería la situación contextual construida en la que una mezcla de mentiras y verdades, unidas a todas las realidades intermedias –pues la verdad no es monolítica, ni propiedad exclusiva de uno de los relatos en confrontación-, genera ese estado de opinión.

No estamos, pues, ante una simple teoría de la conspiración, sino ante una relación dialéctica entre los distintos relatos construidos y sus consumidores. Consumidores a los que se les ha convencido, por la fuerza de los hechos y por la fuerza del discurso, de que su experiencia vital empeora en todos los sentidos, no solo en lo material, sino también en el desmantelamiento de los valores. La tangibilidad del diagnóstico suscita pasiones, de modo que los argumentos de ese diagnóstico pueden estar construidos sobre mentiras, medias verdades, verdades, falsificaciones y manipulación. La disección del valor de cada argumento es demasiado costosa frente a la aceptación de un diagnóstico formulado con rotunda simplicidad. Un sumidero en el que se pierde la racionalidad y la responsabilidad en el ejercicio cívico. La posverdad es, en consecuencia, la forma de expresar la anulación de la acción reflexiva de la ciudadanía.

Así vistas las cosas, el fenómeno es mucho más preocupante que la mera sustitución de vocablos para maquillar la realidad. Y eso es válido tanto para el relato tildado como posverdadero, como para sus oponentes. No obstante, el problema es saber si verdaderamente esa constatación es “a general characteristic of our age”. Me temo que no; o sí, pero no exclusiva de nuestra época. El estudio de la Historia pone claramente de manifiesto que lo que ahora resulta un fascinante descubrimiento es el fundamento básico en la creación del relato histórico. El Editorial del volumen 23 de esta misma revista prestaba atención al “argumento histórico” como instrumento de manipulación en la construcción de una narrativa eficaz.

La escritura de la Historia ha sido el procedimiento de justificación de las decisiones que han conducido a tomarlas y, naturalmente, ese ejercicio está lleno de manipulación, tergiversación, selección de materiales y documentos, en definitiva, de forzar los argumentos a conveniencia. Precisamente porque en el documento con el que trabaja el historiador es un producto, los datos en él contenidos no pueden ser tomados como fundamento inequívoco

e indiscutible de la verdad histórica. En ello radica uno de los problemas elementales del Positivismo histórico.

El gran descubrimiento que pretende reflejar el vocablo “posverdad” es, en realidad, tan viejo como la reflexión sobre la construcción del relato. Cicerón en su tratado *De Oratoria* (III, 215) señala que la realidad es superior a la ficción, pero con frecuencia aquella no es suficientemente contundente para la construcción del discurso, por lo que es imprescindible introducir las emociones con lo que, continúa este prohombre de la manipulación:

“se impresionan hasta los no entendidos, hasta las masas, en fin, hasta los bárbaros: ya que las palabras no mueven sino a quienes están unidos por lazos de una misma lengua y los pensamientos agudos a menudo sobrevuelan las entendederas del personal, que es más bien romano. La ejecución [del discurso], en cambio, que pregona las emociones del alma, a todos mueve, pues con las mismas emociones se ponen en movimiento los ánimos de todos y por ser las marcas las mismas, cada uno las reconoce en los demás, al tiempo que por sí mismos las manifiesta.” (*Orat.*, III, 223)

Queda claro que lo que pretende enunciar la posverdad es viejo como la Historia misma; que no es exclusivo de nuestra época, ni más característico de nuestro momento que en cualquier otro proceso de construcción de una narrativa. Lo único nuevo es el término que, por ambiguo y escasamente esclarecedor, no contribuye a comprender la realidad, sino que la enmascara.

El término, pues, no es necesario. Por el contrario, es preciso que la ciudadanía sea consciente de todo esto y que tome sus decisiones a partir de análisis críticos correctos.